

El desfiladero de Los Beyos



Gerardo López González *

EN torno al curso alto del Sella, ocupando un suelo intermedio entre El Cordal de Ponga y el macizo occidental de los Picos de Europa, se encuentra el Desfiladero de los Beyos. Aunque asentado principalmente en el Concejo de Ponga -en la zona sur-oriental del Principado de Asturias- algunas de las montañas que forman parte de la garganta pertenecen a los concejos



La grandiosa entalladura de Los Beyos desde Puente La Huera

FOTO: JESÚS MANUEL MOKÁN

vecinos de Sajambre y Amieva. Se halla pues, envuelto en torno a una extraña división administrativa que se reparte geográficamente -de sur a norte- de la siguiente manera: el Concejo de Sajambre (León) posee 4 km del mismo -son los comprendidos entre el km 126 de la Venta de Covarcil y el km 130 del Puente Angoyu- límite de provincias Asturias-León-exceptuada la montaña que se halla al norte de la Foz de Llué (Ñorín); al Concejo de Ponga le corresponden los 6,600 km siguientes -comprendidos entre el km 130 del Puente Angoyu y el 136,600 de la Fuente Maleta -límite de los términos municipales de Amieva y Ponga-; perteneciendo al Concejo de Amieva los 900 metros que restan de desfiladero -sitos entre La Fuente Maleta en el km 136,600 y el Caserío de Rañes en el km 137,500-.

Cuenta con una longitud de once kilómetros y medio, comprendidos, entre el km 126 de la Venta de Covarcil (Sajambre) y el km 137,500 del Caserío de Rañes (Amieva) encontrándose los puntos kilométricos anteriores en la denominada N-625 (León-Santander por Cangas de Onís).

Los ríos que se entallan entre las paredes de las peñas son los artífices del lugar. El río grande -el Sella- nace en el vértice nororiental de la Provincia de León -bajo el Puerto del Pontón- y cruza el desfiladero de sur a norte asumiendo las aguas de un sinfín de arroyos: Mojizo, Braña Verdad, Escosal, Redonda o Santiagustia son sólo algunos. Éstos manifiestan un régimen que se escuda en las nieves y en el frío, mostrando sus mínimos caudales durante el invierno debido al agua que en forma sólida se sostiene abrazada a los picos y las sierras del lugar. Con los comienzos de la floración, la primavera hurta el alma de la nieve y revela de nuevo la geografía -aparece el suelo- y a la sazón, aunque el cielo no lo escude, tronará el río grande en Covarcil, en Angoyu, en La Balsa o en La Velganza demostrando así su alteridad. Tanto el Sella como sus afluentes son ríos de curso rápido y tumultuoso, templados en el quehacer, pero con un poderío erosivo de gran magnitud, lo que les ha llevado a moldear -como si de viejos y tozudos orfebres se tratara- el asombroso "Desfiladero de los Beyos".

"Todo se pierde en el espacio puro, en el combate de las aguas y las láminas terribles. Se apodera la física, orquestal naturaleza, del espacio interior; ya no recuerdas. Ya no recuerdas en el quicio raudo en la inmóvil, hirviente cabellera, donde acaba León, en el espanto. En el espanto y la hermosura.

(A. Gamoneda).

* Es el autor de la guía "Itinerarios por Los Beyos" editada por TREA. Autor también junto con Gonzalo Barrena de la novela "Viaje al mundo de Martín Llamazales. Los Beyos de Ponga 1893", agotada en primera edición. Colaboró con el Instituto Geográfico Nacional (IGN) en la corrección de las cartografías 55-III de Ponga y 80-I de Sajambre en lo referente al relieve del desfiladero. En la actualidad se encuentra terminando el libro "Los Beyos del Sella. Ensayo sobre el paisaje".



■ LOS PUERTOS DE BEZA

El tremendo relieve del Desfiladero de Los Beyos lo configuran de un lado del río los Puertos Beza¹; del otro el Cordal del Colláu Zorru². Entre El Sella y El Dobra se encuentran los Puertos de Beza, cuyo núcleo central pudiera decirse que está constituido por tres alineaciones de peñas, a saber: primero, la que, al norte de Covarcil -en el hondón de Sajambre- y pegada al mismo Sella, corona al aire la descomunal geografía de Los Beyos, es decir: Loto, Llava, La Devesa, la Plana, la Conia, Jucantu, los Picos de la Vegadina, Aguya el Impuebu y Canellín son las peñas que constituyen lo que se conoce como la margen derecha de Los Beyos. Tras ellas, es decir, del otro lado de las cumbres, y paralelos a estos picos del río, se encontraría la columna vertebral de los Puertos de Beza -que se alza al norte de la localidad de Soto de Sajambre- y que está constituida por el Jurcuetu, Valdepino la Porra y El Rasu Gustalcuendi. Por último, en la zona más oriental del macizo y también paralela a la anterior se eleva -al norte y por encima del Puerto de Barcinera- la unidad de Cabroneru-Beza que se suelta del otro lado por los Palombares hacia el Dobra, frente al macizo occidental de los Picos de Europa.

Sitos entre estas montañas se encuentran los puertos de Baenu, Agüergu, Lloes, Gioves, Pandemones, Llagos, Sahúgu y Beza, figurando este último al parecer en las crónicas árabes de la guerra de la reconquista española. Por estos últimos, por los puertos de Sahugu y Beza transcurre el célebre "Camin del Almagre". Aunque no se tiene constancia documental de su construc-

ción es muy posible que fuera empedrado durante alguno de los siglos altomedievales. Estas zonas de pasto y pastores, ante la dificultad de paso que entrañaban los denominados Beyos de Ponga -antes de la apertura de la carretera del Pontón- se constituyeron en paso de arriería hacia Tierra de Campos. Se sabe, gracias a la documentación existente, que el monasterio benedictino de San Pedro de Villanueva -hoy convertido en Parador Nacional de Turismo sito en Cangas de Onís- contó en la antigüedad con una explotación a cielo abierto -en Labra- de un mineral de hierro llamado oligisto o hematites roja, a la que algunos autores llaman al-magre³.

Al parecer era utilizado entre otras cosas para esmorgar, "tintar" la lana de las ovejas. Durante el siglo XVI, sirviéndose de ésta calzada, se establece una ruta comercial para su transporte a Castilla por converger en esta provincia las grandes migraciones ovinas de La Mesta. Así que parece ser que coincidiendo con el auge del transporte de este mineral por el camino empedrado que cruza los Puertos de Beza éste pasa a denominarse "El Camín del Almagre." A principios del siglo XVII y debido a las reparaciones que mando efectuar en aquella calzada Pedro Díaz de Oseja -natural de Sajambre y Arcediano que fue de Villaviciosa- pasó a denominarse "La Senda del Arcediano" nombre que persiste en nuestros días, siendo una de las rutas más hermosas que se puedan realizar por la montaña asturiana.

■ LA MARGEN DERECHA DE LOS BEYOS

En el fondo del Valle de Sajambre, arropada contra las paredes a la entrada del desfiladero, se sitúa la antigua posada de Covarcil. Por encima de ella, colgando sobre

³ Asociación Cultural Abamia. José Manuel Trespando "La almagrera de Labra: la piedra del escándalo".

■ Oseja de Sajambre y la Peña Ten dominan el valle de Sajambre, puerta de entrada a Los Beyos por el sur

■ Carretera a Soto de Sajambre en equilibrio sobre el barranco

¹ Generalmente *Pre-Cornión*. Término que se atribuye al parecer a José Ramón Lueje y que se ha preterido en este artículo por ser excesivamente moderno, ajeno a la cultura de la zona, artificial e impuesto.

² Conjunto de picos que se sitúan entre los ríos Sella y Ponga.



FOTOS: JESUS MANUEL MORÁN



■ La inmensa mole del Niajo se desploma más de mil metros sobre la cabecera de Los Beyos (vista desde Soto de Sajambre)

el desfiladero unos setecientos metros peña arriba, se encuentra la Majada de Fusierra -una campera donde pueden hacer dormida y estada todas las cabañas de ganado del Concejo de Sajambre-, una cañada larga de pastos que esguila hasta Peña Loto (1441 m). Las primeras asomadas del Desfiladero de los Beyos le corresponden a Peña Loto, desde donde se puede contemplar el esplendor del lugar. Su aérea cimera discurre por encima de las vertiginosas paredes de la Sierra el Peralín y los Traviesos de Loto camino de Peña Llava (1460 m). Las paredes occidentales de Llava caen sobre uno de los parajes más desconocidos e inhóspitos del Beyo: la Malva, uno de los valles más tristes y solos que la naturaleza colocó sobre Los Beyos.

Al noreste, Peña Llava, decae sobre la vega endorrececa de Llagos -hermoso paraje sito por debajo de La Senda del Arcediano- mientras que al noroeste descien- de sobre la Collada Roxena, que empalma con la Peña la Plana (1284 m). Al norte, la Collada Roxena descien- de por Les Vegellines sobre El Güergu -pendientísimo puerto que cuelga encaramado sobre las paredes de la Provia casi mil metros por encima del Sella- y en el que pastaban antaño las reses de las parroquias beyuscas de Casielles, Rubiellos y San Ignacio. A partir de este puerto se fragua el terreno más terrible que la mente humana se pueda imaginar. Las sierras que se sueltan de la Conía, conocidas como las Paredes de Rúes, dejan paso a unas laderas extremadamente peligrosas; son las sierras que vierten hacia los infiernos de las riegas Viarcellos-Trespuniellos -la Sierra el Ablanín, los Porros del Porrinal, los Quiegos, les Quemáes y Pedrusames- bien visibles desde el Puente Agüera, abajo, en la carre- tera de Los Beyos.

Algo más al norte -a medio desfiladero-, por debajo del Jucantu, se encuentra el minúsculo puerto de pri- mavera del Derrabau; cómo sería la necesidad para

tener que trepar y pasar la primavera allá, sin despistar un momento las reses -pacían poco menos que de la mano del pastor-. Sabían éstos que podían aproximarse las becerras a la orilla de la campera, agachar los belfos para arrancar alguna hierba de esas que gustan crecer por el borde del diventiu -como llamando- y marchar la res detrás de la fatalidad.

El Derrabau pudiera decirse que entrega a la vista la totalidad del paisaje de Los Beyos: en el hondón se ve el atrevido trazado de la carretera que se instala a media pared -y a modo de galería- acompañando siem- pre al río; los minúsculos puentes, que no lo son tanto, pero es que desde esta altura parecen dedales anudan- do las imposibles orillas cien metros por encima del cauce; la casita de Agüera, levantada a orillas de la carretera contra el precipicio de los ríos; las aldeas, algunas de las cuales cuelgan a media sierra sobre suelos imposibles que miran directamente hacia los vacíos del Beyu; los trazos quiméricos que la naturale- za dispuso sobre las paredes del lugar -sobre los 11½ km de desfiladero- a uno y otro lado del río edifican un recuerdo difícil de olvidar.

El Jucantu -que se alza por encima de los pastos del Derrabau- declina al norte sobre Los Picos de la Vega- dina, La Aguja del Impuebu y La Peña Medero, cayen- do esta última a morir al Valle Redonda. Estas peñas descosen -al igual que las que dejamos atrás- la natu- raleza más absurda que el hombre haya tratado de dominar: sobre este mundo de paredes, canalones y gargantas, bajo el Sierrón de les Pandiellines, se sostiene a uña y diente al borde del precipicio del río la abandonada aldea de Rubiellos, la única aldea beyusca que encontró suelo en la margen derecha del Sella. Desde la aldea, por encima del Monte los Purgatorios y la Sierra la Caraperal se divisan perfectamente los tre- mendales de la garganta.

■ Senda del Arcediano

FOTOS: JESÚS MANUEL MORÁN



Más al norte, del otro lado del río y del paradisíaco paraje de Redonda, se alza el Picu los Cuchillones, y tras él, Canellín. Son las peñas que cierran el desmedido paraje de Los Beyos por la margen derecha del río. Seis canales que se despeñan sobre la antigua y abandonada quintana de Rañes. Arriba, a espaldas del Canellín, se asientan colgando sobre las paredes de la Cruz del Picu las praderías, invernales y puertos de Baenu, sitios hospitalarios siempre y cuando uno no se aventure a asomar a los terribles precipicios que se descuelgan sobre el paraje de Redonda.

■ EL CORDAL DEL COLLÁU ZORRU

Del otro lado del río -entre el Sella y el Ponga- se encuentra el conjunto de montañas que, con variada fortuna, recibe el nombre de Cordal del Colláu Zorru. En su estructura también se pueden distinguir tres alineaciones de peñas: primeramente, la que, al norte de Covarcil y paralela al río forma la margen izquierda de Los Beyos, es decir: El Niajo, Ñorín, los Picos del Águila, los Picos de la Becerrera, Calmayor, Teyeu y Carriá. Más adentro -hacia el interior de Los Beyos- la columna vertebral del cordal la constituyen las peñas de Ordón, Mimalles, El Seu los Mulos, Peña Subes, Peña Salón y El Veleru, cuyas sierras se deshilan sobre los grandes bosques del lugar; encontrándose en la zona más occidental, rematando al aire el paraje de Los Beyos, el conjunto de montañas entre las que se sitúa la que da nombre al cordal, es decir, Ten, Pileñes, La Peña, Colláu Zorru, Luengu, El Rasu y El Pierzu.

De este lado del río dominan los grandes bosques, destacando entre ellos, los de Peloñu, Pedrosu y Pierva, que constituyen parte de la Reserva Natural de Ponga. Estas manchas forestales, que acorralan cientos de invernales y un buen número de puertos, como los de Arcenorio o Fonfría -que constituyen unos de los parajes más bellos del concejo- adquieren su máximo exponente en torno al Monte de Utilidad Pública 119 de Peloñu.

Con su aspecto de marmita -conocida como la Olla Peloñu- la rodean en forma de diadema por debajo de los picos los puertos de Bustantigu, Sus, Cazoli, Meses, Viances y Entre los Colláos. Eran, junto con los de los concejos vecinos, "los puertos del escándalo", al menos así los veían los severos censores de la nunciatura del Siglo de las Luces. Las Constituciones Sinodales del Obispado de Oviedo -elaboradas por el Obispo Agustín González Pisador y publicadas en 1786-, desvelan la intención de la curia de tomar medidas contra una (al parecer) más que probada promiscuidad pastoril. No era bien vista la concurrencia simultánea de hombres y mujeres y mozos y mozas en los puertos, montes e invernales para cuidar las becerras de casa.

En el bosque de Peloñu -con una extensión de 15,07 km²- se desarrollan unas condiciones climáticas propias de la media y alta montaña asturiana, lo que acarrea un descenso generalizado de las temperaturas a medida que aumenta la altitud. Por entre su vegetación, constituida fundamentalmente por hayas, caminan osos, lobos, rebecos, corzos y ciervos, así como un gran número de pequeños depredadores y roedores. La presencia de grandes manchas de acebo -*illex aquifolium*- como "El Acealón de Cerramones" que se sitúa en la parte superior de los montes de Pierva, por debajo de la majada de Llivancon, propicia un hábitat extraordinario para la más hermosa de las tetraónidas: el urugallo, que cuenta con numerosos cantaderos en el lugar.

Por entre estos montes y puertos transcurre "El Camín de los Arrieros", una ruta comercial que antiguamente comunicaba la cuenca inferior del río Ponga con Castilla a través de los altos del Monte Peloñu y Puerto de Arcenorio. La arriería se mantuvo por aquellos montes hasta la apertura de la carretera del pontón.

■ LA MARGEN IZQUIERDA DE LOS BEYOS

Si por la orilla derecha del Sella las primeras asomadas del desfiladero le correspondían a Peña Loto, por la orilla izquierda este privilegio le corresponde al Niajo (1773 m), montaña de apariencia siniestra y verticalidad exagerada por tres de sus puntos cardinales, dos de los cuales caen sobre el Desfiladero de los Beyos. Por la cara este es la Majada Niajo -con acceso por la localidad de Ribota- la que se transubstancia en terribles paredes sobre Covarcil a la entrada de la garganta. Se necesita valor para empujar la mirada desde detrás de las murias que los pastores levantaron al borde de los pastos con objeto de obstruir el paso de las reses hacia los canalones que se descuelgan sobre Covarcil. Por el norte, los terribles abismos del Canalón de Rumiadas -con más de 1300 m de desnivel- se descuelgan sobre la estrecha Foz de Llué.

Al norte del Niajo -del otro lado de la Foz de Llué- se encuentra la Peña Ñorín (1208 m). Oculta tras las paredes occidentales de la peña, a medio camino entre la foz y el pico, se encuentra, prisionera de su propia geografía, la abandonada aldea de Tolivia. Lo primero que uno se encuentra al llegar a Tolivia es la ermita y el camposanto, ambos abrazados por la hercúlea de la naturaleza. Sus barrios -La Aldea y Copeña- están compuestos por rústicos caserones de labranza que se van arrumbando poco a poco sobre su propio solar. A su rezaga y parapetados bosque arriba, entre los rebollos, dos docenas de bancales pasan el año esperando la llegada del invierno. Tenían por misión impedir que durante la estación de las nieves los aludes arrancaran por tan escandalosa pendiente y arrasaran con los hogares.

La Peña Ñorín, por encima de la aldea, se vuelca hacia el norte a través de una endiablada locura de picos. La Forcadellona, la Pertusa y la Sierra el Mediu son abismos que cierran la margen izquierda del Sella





entre el Puente Angoyu (límite de provincias) y la Foz de los Andamios, uno de los barrancos más hermosos de la comarca. Sobre esta foz se encuentra la aldea de Viboli, emplazados sus caserones en la orilla izquierda del último valle que los montes de Pierva dispusieron antes de estrellarse contra la Peña Vibolines. Dos barriadas en las que las casas se apiñan en círculo, como las yeguas, abrigándose unas a otras. Por entre ellas, un laberinto de *caleyas* (calzadas empedradas) que sintieron antaño, hoy ya no, correr cada mañana sobre sí el agua turbia de los albañales precipitada desde los balcones, piedras que hoy por desgracia nos empeñamos en sustituir por hormigón. Clama el cielo. Viboli hoy es poco más que un estor que agoniza ante los ojos chicos de los viejos. Miradas perdidas en el entorno, recuerdos de antaño que afloran a las mentes intentando apurar la dignidad, queda poco tiempo y arde la memoria. La tez de aquellos abuelos apenas es capaz de sujetar sonrisa alguna, es más, apenas se dejan ver por allí, sólo cuando el astro barre el cielo de nubes y lanza un poco de la fuerza que tiene sobre el valle se reúnen entonces todos los temblores de la aldea en torno al Picón. Pasos cortos, cachabas, boinas y el tiempo, dios de toda conversación.

La campana que cuelga de la espadaña de la capilla apenas si susurra ya, no tiene nada que decir. Ni falta que hace, siempre fue la primera en repiquetear el silencio del valle gritando a sextaferia, volcando la intención de la aldea contra el fuego o el lobo, pero hace tiempo que sólo interrumpe a muerte, porque la escasa sociedad que vive allí lleva montones de años a las espaldas, carga pesada que no aguanta ya los inviernos. Por eso, con los primeros fríos empieza a abadajar. A Viboli pertenece Brañey, una aldea abandonada que se emplaza a casi 1000 m de altura en medio de la soledad de los montes de Pierva.

Al este de Viboli -del otro lado de la Peña Vibolines-, bajo el Colláu la Iglesia, se estiran valle abajo entre las huertas los caserones de la aldea de Casielles. Sola-

mente los de Arsenio *apellan* (llaman) a las cabras que pastean por las paredes que rodean el lugar. En el fondo del valle, cimentados contra los riscos de Trasdel-río se encuentran los caserones y hórreos de la abandonada aldea de Cándanu, emplazados pues en un suelo próximo a la Foz de los Andamios. Empedrada por el borde del valle -contra la peña- una antigua calzada une las aldeas de Candanu y Casielles.

Al norte de Casielles, bajo los Picos de la Becerrera, se encuentra la abandonada aldea de La Caviella. Su corrido caserío, de abajo arriba, se distribuye así: La Aldea, El Cantiellu, La Caviella y La Casa el Porru. Son caserones muy rústicos que se encuentran desperdigados sierra abajo por el borde del precipicio de Les Canaluetes. Una hermosa senda "El Camín de la Velganza" con estupendas vistas sobre el desfiladero desciende por las faldas del Resllayu y La Pandiella Velganza hacia la carretera de Los Beyos.

Del otro lado de las vistosas agujas calizas de los Picos de la Becerrera, y por encima de la terrorífica Foz de la Calderona, se encuentra la también abandonada aldea de Biamón, a la que se accede a través de una de las rutas más hermosas de la montaña oriental asturiana: la Senda del Cartero. Biamón es una ruina de piedra y teja en la que sólo perdura el casar de Lolu y Victoria, convirtiéndose así en la en la única chimenea que en entretiempos aún arroja borbotones de humo al amanecer o al anochecer. Aldea de poco horizonte, pero por el contrario, en cualesquiera de sus cercanos cantiles impresiona el paisaje del Sella siempre tan descomunal. Más al norte apenas queda suelo andadero -solo requexos y empayos- suelos de cabras que la Peña Calmayor envía a morir por el embocadero de la Canal Grande al río y a la Foz del Santagustia, sobre esta foz se encuentra el valle y la aldea de Viego.

Situada la puebla tras la depresión de les Bedules -uno de los parajes más admirados de la comarca- su suelo lo rematan al aire las mirandas de los Oteros, Llomena, Vedombrañes, el Bustiu y Baxeñu, laderas

■ La Caviella. Una aldea que cuelga sobre las paredes de la margen izquierda de Los Beyos



FOTOS GERARDO LÓPEZ GONZÁLEZ



FOTO JESUS MANUEL MORAN

que van desmontando altura escalonadamente para terminar tortuosamente apiñadas en el embudo que forma el valle entre Peña Salón y El Veleru. Más abajo, donde las peñas tragan el río, abrieron los lugareños a barreno y dinamita, durante la segunda década del siglo pasado, la carretera que baja a Los Beyos: una brecha abierta cien metros por encima del río y a lo largo de los cuatro kilómetros de foz que separan el valle de Viego del altísimo Puente Vidosa, en la carretera de Los Beyos.

A Viego le correspondió desde tiempos inmemoriales la indiscutible capitalidad de Los Beyos. La arquitectura rural, influenciada aquí por los indios, presenta una mampostería más delicada que en el resto de las aldeas de la garganta, sobresaliendo las casonas de Monasterio y Rubín, esta última levantada en torno al siglo XVI. No obstante, el aparejo tradicional también refleja maneras más tiernas, pues la mayoría de las construcciones aportan sillería noble en esquinas y vanos, con ventanales amplios, muy alejadas de los ancestrales y rústicos caserones de las aldeas que se asientan sobre las paredes de la garganta.

Del otro lado de la Foz del Santiagustia se encuentra el Pico Carriá. En sus faldas bajas, contra los rebordes que engendra la Sierra Monampiellu al girarse sobre los acantilados del Santiagustia y el Sella, se sitúa la aldea de "El Beyu". Sus casonas, vistas desde los pretiles de la carretera de Viego, parecen superponerse las unas a las otras, escalonándose por el mismo acantilado del río. De entre ellas, la que más precipicia es la que tiene sagrario, la ermita en honor a San Ignacio, santo que veneran Los beyuscos el 31 de julio de cada año. Por encima de San Ignacio El Beyu se encuentra la también abandonada aldea de Canisque-so: una docena de caserones vacíos que anclaron sus cimientos en el acodo que creó el Valle Mura al estrellarse contra la sierra el Cantu la Cotilona. Más arriba de éstas sólo hay puertos -en los que por cierto campea a sus anchas el lobo y su maldad punible- como los de Ortigosu y Llanu Tornu que terminan transubstanciándose al este en tremendos paredones por los que no andan ni las cabras entre el Puente Pombayón y el Caserío de Rañes.

■ LOS BEYOS

Así que, por detrás de los picos que rematan al aire el Sella -por la margen derecha-, la Senda el Arcediano y -por la margen izquierda-, el Camín de los Arrieros, esguilaban camino de la cordillera. Pero tanto por uno

como por otro -pastores o arrieros- debían de salvar puertos de considerable altitud como Beza o Arcenorio, que rondan en torno a los 1600 m de altura, por lo que resultaban insalvables durante la mayoría del invierno. Si bien la nieve arrinconaba durante largas temporadas las intenciones de carreta entre los pueblos, el aislamiento que sufrían los sajambriegos espaldados sus pueblos -al sur del desfiladero contra la cordillera-, así como los de los beyuscos, asentados a los pies del valle de Sajambre -colgando a ambos lados del río sobre las paredes del desfiladero- les obligó a buscar la salida natural del valle: ambos la encontraron al alza del río grande, del Sella.

Así se explicaba el Conde Aymar d'Arlet de Saint-Saud en su monografía por Los Picos de Europa (1881-1924) "*Antes de existir el camino -se refería a la carretera- ni las cabras podían cruzar el desfiladero.*"

Más de cien años después Francisco Vallesteros Villar en su libro "Amieva y Ponga" escribía: "*no existía ninguno que fuera por el fondo y a todo lo largo del desfiladero. Era imposible. De aquí que fueran por sus márgenes pero a gran altura...*"

La primera constancia documental que se tiene de esta senda, que ciertamente existió, proviene del testamento de D. Pedro Díaz de Oseja -Arcediano que fue de Villaviciosa-

"...y mando que en cada un año y para siempre xamás se gasten y paguen de la renta de mis uienes veinte ducados en aderecar los caminos que ban de los puertos de mar a Castilla por el puerto de Veca y camino del Beyo en los términos de los concejos de Sajambre y Amieua, por ser como es tierra muy fragosa, necesitada de pedreras, maderadas y puentes..."⁴

Esta senda, que en sus tramos centrales salva los precipicios más impresionantes que uno se pueda imaginar, ha sido objeto de estudio de quien suscribe, y pronto será revelada en el libro titulado "*Los Beyos del Sella. Aproximación al Paisaje.*"

Mejorada pues a finales del siglo XVI por el Arcediano, tuvo como la mayoría de las sendas de estas mon-

⁴ Fragmento del testamento del Arcediano. (18 de febrero de 1665). "*La Montaña de Valdeburón*" de Eutimio de Martino.

■ El Frailón y los Monxines o Pica La Plana y Cuatro Picos para los lugareños, encima de Puente Angoyu



■ Valdepino, Jucautu y Cabroneru: en el extremo inferior derecho El Derrabau





tañas su adolescencia, su madurez, su esplendor y su decadencia, quedando relegada después de la apertura de la carretera del Pontón al olvido.

El proyecto de esta carretera fue redactado por Pedro Severo Robles (20 de febrero de 1852) y la subasta de la sección Cangas de Onís al Pontón tuvo lugar el 20 de enero de 1855, siendo el presupuesto de contrata de 7.653.942'87 reales vellón.

Apenas terminada la carretera, el escondido vivir de los beyuscos se abrió por fin a los ojos del mundo, y propios y extraños comenzaron a dejar constancia de aquellos remotos pueblos y de la "entalladura fantástica" sobre la que se asentaban.

"El desfiladero del Sella es mucho más escarpado que los otros desfiladeros célebres; Pierre-Lis y Saint-Georges en los Pirineos del Aude, el Fier en Saboya y la Vía Mala en los Grisones, la Chiffa en el Atlas, la Grieta de Kakhoueta en el Valle de Soule y la Calle del Infierno en el Lis, pueden solas dar, en muy pequeño la imagen de la entalladura fantástica en que los ingenieros castellanos lograron hacer pasar una carretera..."⁵

Paul Labrouche.

"A veces la carretera discurre a media galería, en semitúnel. Algunas praderías cuelgan en estas abruptas pendientes y diminutas aldeas ahuman en las laderas. Arriba, muy arriba, a tanta altura que sería preciso tenderse en un colchón para no torturarse el cuello, crestas dentadas y erizadas de agujas de formas insospechadas, variando a cada curva, hundiéndose en cada ángulo, coloreándose a cada rayo de sol..."

Conde de Sain-Saud.

⁵ Así se expresaba en "La Revue des Pyrénées" -a consecuencia del viaje del 18 de septiembre de 1891- Paul Labrouche, Doctor en Derecho y Archivero Paleógrafo que colaboraba con el insigne montañero francés Aimar d'Arlot de Saint-Saud en la redacción de los relatos de sus excursiones.

De dónde vinieron, por dónde o por qué eligieron aquellos lugares para vivir, son preguntas que jamás nos dejaremos de hacer. Apatridas, hombres y mujeres que buscaban una parcela donde estarse, amarse y sobre ella sucumbir al fin. Sólo se entiende así que soportaran aquel terreno por patria. En todo caso, sea como fuere, en la lucha por aprovechar los pendienteísimos pastos del lugar, las poblaciones que se asentaron alrededor de la garganta fueron las artesanas de una cultura que puede considerarse como propia de la zona. Aunque en la Asturias oriental pueden llegar a localizarse formas de vida similares, éstas se encuentran a años luz de la verdadera realidad de los Beyos. Aquí apenas si hay casas, son sólo caserones argamassados de boñigas y barro, análogamente, las cabañas de sus puertos son minúsculos y primitivos abrigos cubiertos por enormes y pesadas llavanas de piedra.

Los senderos que parten de las aldeas, contra donde quiera, son estrechos, con fortísimos desniveles y dispuestos cuántas veces sobre suelos imposibles. A todo ello se une la mala configuración y la gran dispersión de sus propiedades -prados e invernales- que, junto con las adversas condiciones climáticas de altura, se constituyeron en motivo suficiente para ir relegando poco a poco la vida y el oficio de pastor en el lugar. Nada expresa mejor la dureza del terreno que el ejemplo siguiente: los carros fueron en esta tierra y aún lo son, muebles inútiles. La rueda, uno de los grandes logros de la humanidad, sólo tuvo cabida en esta tierra en el interior de los molinos, porque el *rodeznu*⁶, movido por los bueyes del agua, más grandes y fuertes giraba indiferente a los repechos y al relieve.

Los beyuscos asomaban a la bocana de un mundo complicado. Y no era de extrañar. Su existencia quedaba reducida a saltar día tras día y año tras año por el hervidero de paredes y precipicios que rodean el lugar.

⁶ *Rodeznu*.- Rueda de madera a la que se le han vaciado alrededor unas cazoletas llamadas *canxilones*. Sobre las cazoletas emplea la fuerza el agua que sale por el *salibu* convenciendo al *rodeznu* para que gire. El *rodeznu* va unido al árbol y éste a la volandera del molino haciéndola rodar sobre la muela y el grano.

■ Puertos de Beza. de izquierda a derecha: Cabroneru, Cebolleda y Beza

FOTOS GERARDO LÓPEZ GONZÁLEZ





■ Mar de niebla sobre Los Beyos

La geografía había esculpido un espejismo sobre el territorio. Los terrenos recuestos de los Beyos no acallan el invierno. La nieve, por ejemplo, no sólo sitia los valles y casares, sino que se desgarran con frecuencia de los picos y baja a tumbos por las sierras cimeras asustando vegetales, animales y hombres, y sólo se para cuando encuentra apoyo en los acodos de los valles, poniendo en embarazosa situación a los campesinos y a sus caserones.

Por eso los vecinos de la comarca tuvieron que sujetar las pendientes que espaldan las aldeas -tal es el caso de Tolivia- cosiéndoles a los valles cremalleras de piedra a lo ancho de las cuestas. Andamiaban las pendientes, buscaban unos terrenos leves para los vegetales, y a la vez, araban contra unos inviernos hostiles que en aquella tierra -si hubiera tierra- nunca dieron tregua al campesino. Algunas de las pendientes -más bien paredes- fueron abancaladas como si de parajes andinos se tratara.

Nacian en medio de una población que estaba eternamente entregada a nivelar su mundo. Necesitaban dominar el terreno, hacerlo posible, buscar sus pasos y a menudo armarlos: un mundo de *vargaédos*, de *maedas*, de *empoyos*, de *requexos*, de *cárcobas*, de *diventíos* y de un sinfín de nombres que por fatales producían escalofríos en la conciencia de los lugareños.

La supervivencia, basada sin duda en el sincretismo del hombre y el medio, condenaba a los habitantes del lugar a una miserable existencia. En esta geografía, que puede denominarse de corral, ya que los puertos, los montes, los valles y las aldeas son rincones diminutos al amparo de las peñas del lugar, se practicaba una ganadería de subsistencia que incluía cabras, ovejas y vacas generalmente en aparcería -medio a medio- con un sistema de manejo muy similar al de cualquier área de montaña, estabulación en la estación fría y pastoreo en los puertos altos en la época estival.

Si bien el manejo del ganado resulta parecido al de cualquier área de montaña, el relieve y el medio lo condicionan de manera increíble. Es éste un terreno constante y desabrido con el que el hombre poco o nada puede hacer: esguilar sus laderas o descolgarse penosamente por ellas detrás de las cabras que son las

únicas que logran hacerse con el relieve. Así que por la mayoría de las laderas que orillan las diferentes gargantas del lugar sólo andan las cabras y con mucha dificultad los hombres que andan detrás de ellas, que es tan bárbaro el relieve que la cabra hace honor a su nombre, y aun cuando se encuentra atrapada a la mano y la sal de los hombres, en aquel terreno se vuelve esquiva. Cuántas veces se quedan sordas a las voces, como cosidas al borde de la sierra, comprometiéndose a su cría y al hombre que la ha de lograr, entretenidas ramoneando los brotes tiernos de los laureles, plantados allí, en la pared, sin suelo y sin tierra por la diáspora, ese dios caprichoso que ensilla la mula del viento para que pueda cabalgar la semilla hacia la pared.

A partir de la segunda década del siglo XX, la población de estas aldeas, que practicaban una clara economía de subsistencia, disminuye enormemente. La gente, que encuentra una salida en la emigración, pronto provoca un declive constante de la población. Comienzan a faltar los jóvenes y como consecuencia a modificarse las tasas de natalidad, que sufren una importante caída, produciéndose entonces el abismal envejecimiento de la población.

En la actualidad, apenas si quedan allá manos que repongan el deterioro, que levanten las piedras arrumbadas de las murias, llamándolas de nuevo a contener la naturaleza afuera de sus pagos, todos se fueron marchando, sucumbiendo ante las luces de neón, a una civilización que al parecer para ellos prometía, y apenas si vuelven ya por aquella tierra que tanta borona, *mantega*, queso y leche dio. Si es lamentable ver cómo la población envejece y disminuye de forma alarmante, a la vez que se pierden los caminos, las veredas y las sendas que tradicionalmente comunicaban las aldeas con los lugares de pasto en los montes circundantes, más lo es si se piensa que se pierden los nombres, las aldeas, las usanzas, o los ingenios tradicionales, como los molinos y los batanes que menudeaban por la hoz de cualesquiera de los ríos, y que ahora se arrumban a sus orillas; y con ellos, los refugios, las alberguerías y las capillas dispuestas por quién sabe sobre estos valles...



LA SENDA EL CARTERU

La Senda el Carteru se inicia unos 800 metros al sur-oeste de Puente Vidosa -en el Desfiladero de los Beyos-, en el lugar conocido como Degüera (este lugar se corresponde con la segunda canal que se abre a nuestra derecha una vez que abandonamos Puente Vidosa en dirección al Puerto del Pontón).

La senda, que asciende en principio en zigzag tratando de falsear la desmedida pendiente de Canal de Degüera, pasa entre dos enormes rocas en el centro de la canal. En la pared derecha de la canal se encuentra el Seu la Cabriteru -algo digno de ver-, una armadura espectacular que remedia los vacíos de la pared haciendo posible el paso -el peligroso paso- hacia la ciega Canal de la Cabriteru.

Unos metros más arriba la senda atraviesa la pedrera -de derecha a izquierda- y asoma la Mata Degüera, bajo la cueva del mismo nombre. Asciende después por el borde de la pared camino de la Posa y del Sederu la Cueva. Luego trepa la senda pegada al borde de la Foz del Gatil.

La traza, ahora algo más tendida, pasa por encima del Sierrón Rapau y se acerca al Argayo Rodrigo, que cruza camino del Hombre los Vaqueros. Una fuerte ascensión -como de unos 200 m- tira de ella hacia Cabu Cantu. La senda, que se encuentra en su tramo final -en

la Sierruca- se acerca por momentos a la peligrosísima Foz de Biamón -La Calderona- separándose luego para alcanzar tras unos zigzag el Cuebillín del Seu, la Cuenya y el Seu Baxu, por el que entra en la aldea de Biamón.

Desde Biamón una pista esquila sobre el Porru y, tras pasar por encima de la aldea de la Caviella, alcanza el Colláu la Iglesia y Casielles, desde donde uno se puede dejar caer a la Foz de los Andamios y a Puente Agüera.

FOTO GERARDO LÓPEZ GONZÁLEZ



EL CAMÍN DE LA VELGANZA

RUTA sencilla, apta para todas las edades, si bien, en la parte final de su recorrido no conviene soltar a los niños de la mano. Esta ruta se inicia en el lugar conocido como el Cuetu el Terapellón, promontorio rocoso situado unos 100 m al norte del Puente Velganza.

Así pues, a la izquierda de este promontorio rocoso se inicia el Camín de la Velganza, que esquila hacia la abandonada aldea de la Caviella. Una ruta que discurre por las sierras que se desprenden de los Picos del Águila -del sub-cordal de Peña Subes-, entregándonos a lo largo de su recorrido estupendas vistas de la zona central del Desfiladero de los Beyos-Puente L'Agüera.

Tras 45 minutos de camino se llega a la Caviella: una aldea cimentada sobre las rígidas faldas de los Picos de la Becerrera, que a su vez la separan de la atormentada y atroz Foz de Biamón (La Calderona).

Una vez superados los cuatro barrios de la aldea se alcanza el Porru, donde a la derecha (norte) una pista desciende sobre la aldea de Biamón (Senda del Cartero); mientras que a la izquierda (sur) podemos, en escasos 5 minutos, alcanzar el Colláu la Iglesia (Casielles), collado que domina visualmente la poderosa orografía central de los Beyos.

Desde el Colláu la Iglesia es posible descender, bien por carretera, o bien por el antiguo camino que bordea el valle, hacia El Cándanu, la Foz de los Andamios y finalmente al Puente L'Agüera, en la carretera de Los Beyos.

Si por el contrario decidimos descender por la Senda el Cartero, hemos de dirigirnos, como hemos dicho anteriormente, hacia la aldea de Biamón (norte) donde, por debajo de la casa inferior de la aldea pasa el sendero que nos devolverá de nuevo a la carretera de los Beyos.



TOLIVIA

PARA subir a Tolivia hay que iniciar en Vaguado la vereda -Pk-128,700.- N-625-, y dejarse caer por ella camino del Sella. Del otro lado del río, el sendero remonta zigzagueando por el borde de la *maeda* de la Sierra Quixiendi, encaramándose cada vez más hasta llegar al Requexu Bartolo, donde se arrellana un poco, para luego hacer medio círculo al borde de la cornisa de la Peña y, por entre abrigos de cabras y canalones, salir de nuevo a la sierra. Al salir de los *sotambios* -abrigos- se deja caer detrás la pendiente -baja desmontando altura por el borde del precipicio del río-, para luego arrellanarse en busca del esquinar de la sierra Quixiendi, que encuentra y dobla convencido, embistiendo entonces por la rebaba del precipicio que cuelga sobre la Foz del Mojizo, camino del aéreo Puente Espina.

La puente hermana dos paredones tremendos -y la vereda de pastor que se sirve de él- pasa de una sierra a otra sobrevolando el arroyo que baja de Llué: un río sin remansas -como tantos en los

Beyos- que baja atestando su oscuro acantilado de temibles clamores. Al salir del puente la senda acoda un par de veces ligada a la barranca, y luego, dando espaldas a aquel socavón enorme, se adentra por la Peña en busca del Colladín de Espina. La senda alcanza la miranda, un descanso que cuelga ya cientos de metros por encima de la carretera y frente por frente a los cuatrocientos noventa metros de la impresionante pared de La Plana.

El camino gira a la izquierda de la collada y oculto bajo el *briezu* -que siempre despierta buenas sensaciones en la nariz- comienza a trepar el Beyu Tolivia. En principio repecha con calma, luego, trepa en zigzag por la pendiente acusada del canalón ganándole metros, buscando la armadura y la embocadura estrecha que lo suelta en la Cueva Gabriel. Pegado a ésta, un largo de Peña pendiente y con poco monte en el suelo lleva el sendero hacia una triple armadura, por ella esquila en zigzag en busca del recodo por el que el sendero



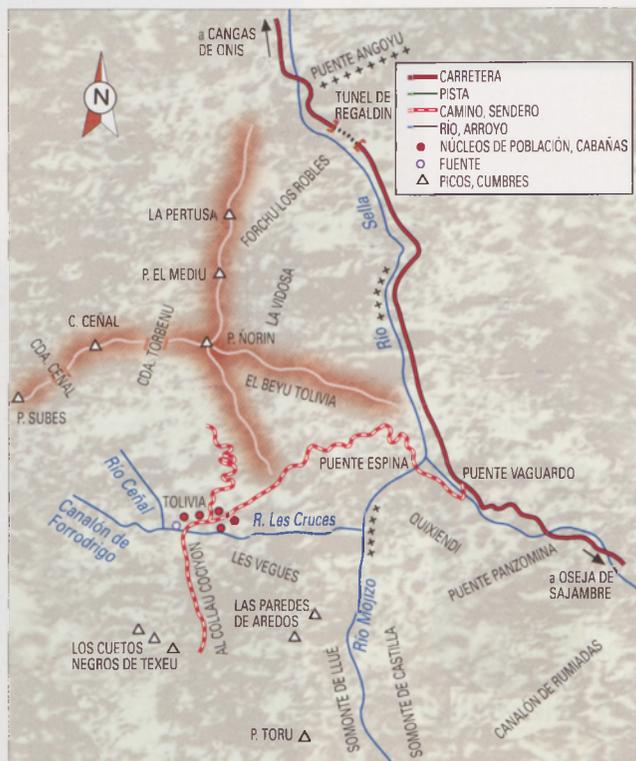
■ Otoño en el monte Pedrosu. Arriba Peña Subes y Seu los Mulos

asoma al sombrío canalón de las Cuevas del Beyu. Trepa unos pasos por éste -entre la piedra suelta- y ensambla de nuevo con la sierra; arremete arriba y pronto da media vuelta a la derecha, buscando la siguiente canal, que cruza por la misma rebaba de la pared. Así es: entra en la canal por un lado, descendiendo un poco contra la media hendidura -en la que hace arco- antes de salir por el no menos precipitado costado que tiene la canal del otro lado.

Luego, sólo le queda al sendero de cabras dar espaldas a la canal, girar a la derecha, y acometer escudado por medio centenar de armaduras que resta hasta la Forcada Tolivia.

Ida y vuelta a Tolivia cuatro horas. Estando en Tolivia, se puede subir por el valle de Torbenu -se encuentra a espaldas de la aldea- hacia la collada del mismo nombre, por la que uno puede dejarse caer hacia el norte,

a salir a la carretera de Viboli -a la altura del Cándanu- cerca de Agüera y de la carretera de los Beyos. Salir de Tolivia por éste lugar lleva no menos de dos horas y media.



LLUÉ

TOLIVIA. Allí donde terminan los casares de los hombres -bajo la Sierra Copeña- un caño viejo -muy viejo- mana un chorro escaso sobre una artesa de piedra desconchada. Junto a ella, hay un pedregal estrecho y de cantos rodados por el que descienden en invierno las aguas de les Cruces y Forrodrigo.

Los Frailes Bernardos colocaron a las puertas de Ventaniella un humilladero que retirara las impurezas del campesino, de esa manera entraban en el valle limpios de fe. Lo mismo ocurre aquí, bajo la cruz de los ríos, la sabia naturaleza arrodilla el agua a las puertas de Tolivia -filtrándola- para que gorgoritee poco después bajo la Aldea limpia como un cristal.

El sendero que nace al otro lado del cauce sin agua, es de *ramu*, de *rametu*, de *ñaría*, de transporte de civilizaciones antiguas, y corre los verdes arrabales de Tolivia en busca de la pradería de la Varera. La encuentra, y se cuele entre ella y el monte Texeu, que es robleal arrumbado de piedras, materia que ha de dar la montaña mientras esté. Las fueron soltando casi a desgana los Cuetos Negros, matando así la soledad del invierno, porque es con el frío, el agua y el hielo cuando apenas para ese ruido ronco en la callada del valle.

El camino, que esguila por una especie de acequia empedrada, busca la collada de Cociyón, la encuentra, y se calma un poco sobre aquel verde combo que es mirador privilegiado de Tolivia. Los caserones del hondón, ya medio tumbados, se abrigan unos contra los otros amanzanando bajo el desolador paraje del monte les Cruces. La vereda, que deja atrás la collada, se adentra convencida por la boca oscura del bosque, amparada a uno y otro lado por los *quexigos* del monte. La Varera sube serpenteando sobre los muros hasta la Fuente Llampara.

Hasta ésta, llegó el camino de *ramu* y la voluntad del hombre, no más allá, porque de ahí para arriba los invernales tienen casa. En la fuente nacen dos senderos: uno a la derecha y hacia arriba -a Llampara- y otro, que por la izquierda y disimulado entre los helechos se encamina hacia Reces -que es el que debemos de seguir-. Este se torna ahora una veredina que se inicia llana, que pronto sube un poco, que pasa por arriba del canalón que baja en dirección al Prau Toru, que gira a la derecha por encima de una roca y que luego desciende un poco sobre el cuenco oscuro del bosque por el que entre sube buscando la claridad de la Collada Reces.

La collada es fría pero acogedora, con cabaña y cuadra, refugios de entretiempos -de hombres y animales- que miran a bocajarro a Llué. Ciega la collada durante el invierno y llena de ojos de



primavera a San Miguel. A Llué se baja evitando los pastos de la collada -por la derecha- dejándose caer por el sendero que dormita clandestino bajo la tupida hojarasca del monte Reces. Abajo, en el paraje de Llué, que pasa ya del medio siglo deshabitado, apacentó tanto la naturaleza que se tornó en un erizo gigante que va reculando en rededor del valle, tragándolo a bocados largos, convirtiendo lo que fue el vergel de Tolivia en un cardo enorme que engulle las paredes descosidas de la casa, de las cuadras o del molino que fue de la quinta.

De Tolivia a Llué, ida y vuelta de 6 a 7 horas. □